

Arturo Torres Rioseco

Cuarta elegía

A la mujer de Chile



DEJAME
tu cuerpo largo y frío
como un lirio desnudo.
Déjame
tu lenta palabra
tan llena de neblinas y de angustia.
Déjame
tus ojos de misterio
que buscan el calor de un mar ardiente.
Tu vida desolada
tan rica de ternuras
muertas en una arena interminable.
Déjame
la ceniza de tu alma
y el ritmo de tu cuerpo innumerable.
Mujer de Chile,
mujer de sol y nieve,
qué me ocultas detrás de tus silencios?
qué negación tan larga

de lo que busco sin saber a dónde?
qué agua de cumbres
corre en tu piel morena?
qué juncos fríos
van florecidos en tu cabellera?
Tú, hija del alba,
de la primera luz que te deslumbra;
hecha toda de plata,
con un olor de ramas en los dedos,
con un olor de rosas en los labios,
con un ritmo de angustia en la palabra,
con una sensación en que la muerte
fría del alba va a besar tu cara.
Yo he caminado junto al mar contigo,
y el mar iba en tu boca,
y el mar iba en mi canto,
y tú ibas en el mar, helada y honda,
en ese mar que no era nuestro mar.
Nunca más te veré como esa noche,
fría de luna, cálida de ensueño,
nunca caminaré con tu sonrisa
junto al mar de mi tierra,
debajo de la luna de mi tierra.
Me llevaré tu cuerpo,
tu cuerpo de metal, de claras aguas,
cuerpo de aurora y piedra,
con inquietud de peces que despiertan.
Me llevaré tu alma
prisionera en la nieve,

con una sensación de nube y lirio,
con la seguridad inconfundible
de sentirte en mi muerte,
poseída en el alba y el rocío.

Río de Janeiro, 1944.